



En «Los discípulos de Emaús» Cantabrana sólo refleja de la figura de Jesucristo, sus manos



Cantabrana ante uno de sus último lienzos

«La tercera negación de Pedro» y «Los discípulos de Emaús»

«La tercera negación de Pedro» y «Los discípulos de Emaús» son los títulos de las últimas obras del pintor Cantabrana, que se exponen en el Hotel Gran Capitán. En ellas el artista emplea sus colores predilectos, su iluminación característica y vuelve a hacer gala de sus conocimientos técnicos, particularmente del dominio a la hora de aplicar las leyes de la perspectiva. Es uno de los pocos pintores que en nuestro siglo se ocupa de temas bíblicos.

LUIS M. CARDENETE

El enigmático título que encabeza este artículo es la denominación de los dos últimos cuadros que Cantabrana expone al público cordobés en el Hotel Gran Capitán.

Aunque estos temas bíblicos provoquen cierta sorpresa en el profanismo militante del arte contemporáneo, no es nuevo en la obra de Cantabrana, quien, al igual que El Greco con su apostolario acariciara las más altas cotas del arte, nuestro pintor alcanza su más alto nivel de calidad en ésta -suponemos inacabada- serie de cuadros de temática bíblica.

La tercera negación de Pedro es un nuevo ejemplo de pintura relato, recogiendo, como si de una lente mágica se tratase, el punto crucial del texto de Lucas (22, 60-62); cuando el gallo -elíptico en el cuadro- canta tras haber negado Pedro tres veces a Cristo. Pedro recuerda el vaticinio de Jesús, de ahí la expresión de derrumbamiento psíquico del apóstol ante el hecho consumado.

Cantabrana, haciendo honor a su concepción asimétrica, ya comentada en otras obras, sitúa la figura de Pedro en un primer plano en el extremo derecho del cuadro, según la posición del espectador. La cabeza de Pedro, principal argumento de la obra, dará lugar a un alarde de composición, disponiendo el grupo delantero en diagonal que será contrapesada, al fondo, en la parte derecha, por el grupo de Cristo y los esbirros.

Para ello, de nuevo el pintor utiliza la perspectiva horizontal (usada anteriormente en la Resurrección de Lázaro), con la consabida dificultad máxima de disponer primeros planos y fondo en la misma línea horizontal. Este efecto de profundidad es la llamada «profundidad de los personajes en perspectiva». (Sólo pintores de la talla de Velázquez se atrevieron en el pasado a estos virtuosismos técnicos).

El artista no sólo quiere darnos una lección de técnica, sino que densifica su obra haciéndola compendio de los cuadros bíblicos anteriores, vivificando esta Tercera Negación de Pedro con sus habituales juego dialéctico-simbólicos, consiguiendo este efecto expresivo turbador con la magia de su maestría en el color.

El fuego en primer plano afrontado (ya no una vela o candelil, sino una auténtica hoguera sin camuflaje de ningún tipo), envuelve con su replandor las figuras de la primera zona del cuadro. La composición del grupo es un círculo con la candela en el centro, que invade de tonos calientes este primer plano del lienzo (ejemplo de esta influencia de los calientes es el efecto sobre la túnica violácea de San Pedro). Este imperio de los calientes sobre esta densa zona primera del cuadro es símbolo del calor terreno, de la humanidad frágil de la que Pedro es su claro representante. Por contra, en el fondo, el grupo donde se halla Cristo (el ser divino) está bañado



«La negación de Pedro» es un cuadro de gran patetismo

por una atmósfera de fríos, donde sólo la mirada del Cristo al doliente Pedro, en una línea de dramatismo expresivo que contrasta en el lado izquierdo del cuadro con la vulgaridad y la ramplonería amorfa del personaje del turbante, que por contra es el que aglutina la atención del grupo.

La expresión del Cristo, casi un fognazo de luz eterna, la interpreta Cantabrana como de una compasión infinita por la debilidad humana: «Antes que el gallo cante hoy me negarás tres veces» (Lucas 22, 61).

Como colofón de este sucinto comentario, hemos de resaltar que esta obra realizada en gran formato cuadrado, podemos situarla entre las de mayor peso específico -si no la que más- de la serie de cuadros bíblicos del autor. Lo que

sí vemos claro es que el grado de densidad técnica y realismo es superior al resto de la serie.

Acompañando a esta obra estrellada de la exposición, el pintor presenta *Los discípulos de Emaús*, obra que obedece a un planteamiento menos complicado y más episódico que la comentada.

Los discípulos de Emaús es un nuevo texto de San Lucas (24, 13 y ss.). Como siempre el flash de la escena del cuadro es el Lucas (24, 31): «Se les abrieron los ojos y le reconocieron...»

Resumiendo, podemos destacar en este lienzo la consecución del espacio interior con la puerta entreabierta, donde se contempla un trozo del paisaje exterior.

En el color es de destacar ese efecto de neutros calientes que

emana de la superficie de la mesa.

En cuanto a los personajes, destacamos el que está sentado de espaldas al espectador. Su figura es un alarde de estudio de perspectiva. La cabeza es una perspectiva cónica con escorzo lateral de facciones, de una gran dificultad. Además el estudio de manos del Cristo supone la única representación visual del mismo, al estar tapado por uno de los personajes.

Para finalizar, emplazamos a las autoridades culturales cordobesas a que, en una fecha futura -todavía hoy es posible-, podamos contemplar la serie completa de los cuadros bíblicos de Cantabrana, exposición en la que estamos seguros disfrutarían los buenos aficionados a la pintura, que, por ventura, cada día van proliferando más en nuestra querida ciudad.